

Educación contra la intolerancia

Pablo García de Vicuña
Secretario general CCOO Irakaskuntza

El pasado 19 de junio, ETA volvía a traer el dolor a una familia y a la mayoría de la sociedad vasca con el asesinato del inspector de policía Eduardo Puelles. Nuevamente las agencias de prensa y telediciarios abrían sus espacios con las palabras más negras que pueden rodear cualquier noticia: ETA golpea de nuevo.

A PARTIR de entonces, la macabra rueda de hechos previsibles se ponía en marcha: cancelaciones de agendas políticas, suspensión de programas de fiestas, convocatorias apresuradas de plenos condenatorios, alteración, en fin, de la cotidianeidad, porque el gran valedor de nuestras vidas se hacía, una vez más, presente insistiendo en no abandonarnos.

Una vez más -¿cuántas serán necesarias?- el dolor, la impotencia, la indignación, la respuesta comedida frente a la irracionalidad; una vez más lágrimas silenciosas que buscan consuelo en las de los demás, gestos de crispación ocultos tras socorridas gafas de sol. Una vez más, asistencia masiva a actos de repulsa contra los enemigos de la paz, mientras dos machaconas preguntas -¿por qué? ¿hasta cuándo?- van cansinamente asentándose en nuestro ser, en búsqueda infructuosa de respuestas que no llegan. Una vez más, una capilla ardiente, un oficio fúnebre y una familia rota por la sinrazón de la barbarie terrorista.

Sin embargo, aún en estas ocasiones, tímidos rayos de esperanza pugnan por hacerse un hueco en nuestra memoria: la enorme manifestación silenciosa del 20 de junio, recorriendo las calles bilbaínas y la desafiante voz de la esposa del fallecido, retando a los violadores de la convivencia a demostrar la nula fuerza de sus argumentos.

Es un esfuerzo silencioso, tenaz, aderezado del huido sentido común de la razón el que necesitan los docentes demócratas para inculcar el respeto por los derechos humanos

Y es que algo importante ha cambiado en este país: el valor de la ciudadanía. Tras muchos años de plomo, la sociedad civil está empezando a ganar la calle a los violentos. Ha decidido olvidar el miedo y hacerse presente en aquellos sitios, no ha mucho santuarios intocables del radicalismo.

Ha apostado, así, por asumir la petición de las miles de víctimas que pedían silenciosamente integrarse con dignidad entre nosotros, más allá del obligado acompañamiento de los duelos rutinarios. La ciudadanía vasca, dando pruebas de acercarse a la mayoría de edad, ha decidido, por fin, luchar por cada centímetro de asfalto desde el que reclamar su derecho a vivir en paz.

Y no son palabras huecas, consecuencia de la resaca tras la exitosa convocatoria del Gobierno Vasco.

Son palabras pronunciadas desde la esperanza que empieza a anidar en los corazones de los docentes de las escuelas e institutos que trabajan diariamente con el alumnado vasco. Profesionales que observan con anhelo la creciente ola de indignación que se desata tras cada nuevo atentado de ETA; que tienen que canalizar el desorden de las preguntas de cuantos quieren saber el porqué de esta barbarie. Unos profesionales, en fin, que cada vez se sienten más seguros para vencer con argumentos a los cada vez más escasos compañeros defensores de la violencia “terrorista”.

Sin embargo, conviene no descuidarse, porque situaciones como ésta ya nos son conocidas: al igual que las ratas esperan cómodamente en su alcantarilla el paso del peligro, más de uno aguardará el momento de reabrir el estéril discurso de la persecución policial, del contencioso histórico-político y la falta de libertades democráticas de la sociedad vasca, en un intento de justificar lo injustificable: que ETA ha segado una vida más. Y ese será el momento adecuado para que, sin necesidad de salir de nuestro entorno educativo, desmontemos la vacuidad de sus argumentos y la sinrazón de su perversa manipulación. El terror únicamente busca la implantación del miedo, el sometimiento de la sociedad civil tras el recurso de la violencia. Y esta sociedad vasca ya sabe lo que son dictaduras y no necesita redentores de patria que le enseñen el camino correcto.

Es un esfuerzo silencioso, tenaz, aderezado del huidizo sentido común de la razón el que necesitan los docentes demócratas para inculcar en el entorno educativo el respeto por los derechos humanos. Pero es la única apuesta posible si, algún día, se quiere erradicar de la escuela la llama del odio. Porque estamos seguros de que frente a la intolerancia se debe contestar con más y mejor educación.

La educación debe impregnarse de ese potente argumento para elevar su voz y así hoy, con mayor dignidad que nunca, por encima del ruido de las balas y de las bombas, queremos decir junto con Voltaire: “Yo no estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero me pelearía para que pudiera decirlo”.

Desgraciadamente, a Eduardo Puelles –y a tantos como él– ETA nunca dejará hacer suya esta frase.